conto, a ple o a calculo, simpere estard al senvicio, vaestro, y al de de mi estora la Doquesa" quiero decir, agraçó den Lois, al de di service la Siblicivilla en enyo beneficio quisiera yo no adlo labilar limiteras, a los que no alenna, sino proponer altas y muy constructivas cosas.

he brill is mist solio at purite donde mais in believe del libro en

Bibliofilia

de los libros más allá de la estética

to he consideratio stanges on terminos generates que ha

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

¿Qué le pediría usted a la vida, a la hora de ahora, señor don Luis?, preguntóle a don Luis Villagómez no hace mucho un impertinente reportero de esos que tanto abundan hoy, tan escudriñadores de las ajenas vidas, y contestóle don Luis: silencio y soledad para leer, leer y leer.

Sabedores de tan excluyente propósito suyo, no quisimos, pese a ello, prescindir de volver otra vez, como hace unos años, a casa y a caza del bibliófilo nuestro amigo para inquirir de él sus propios y particulares puntos de vista sobre los libros, con destino a estas páginas. Lo encontramos cogitabundo, con todo el aspecto de estar ahora abstraído por muy serias y sutilísimas preocupaciones de algún orden al parecer muy personal, como de quien ha tenido la sorpresa de encontrarse con algo que no esperaba derivado del endiablado engranaje administrativo de nuestras instituciones de previsión social. Su cara era la misma que muestra aquel retrato del banquero Hans Imhoff pintado por Durero. Quienes lean este escrito podrán buscar en cualquier enciclopedia aquel vívido retrato y así tendrán en frente la vera efigie de don Luis Villagómez en este año de tan poca gracia. No parecía estar dispuesto don Luis, como otras veces, a dar rienda suelta a sus consideraciones en torno a nuestros amados amigos los libros. No obstante, pudo más en nosotros el deseo de dialogar con él sobre tema tan grato y, después de referirnos algunos en verdad muy poco amables aconteceres de su vida reciente nos dijo, pidiéndoselas prestadas a quien fue espejo de la cortesía, aquellas tan bellas y rendidas palabras: "... pero como quiera que yo me halle, caído o levantado, a pie o a caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa" quiero decir, agregó don Luis, al de mi señora la Bibliofilia en cuyo beneficio quisiera yo no sólo hablar lindezas, a las que no alcanzo, sino proponer altas y muy constructivas cosas.

Se ha considerado siempre en términos generales que la bibliofilia mira sólo al punto donde está la belleza del libro en su presentación rara y única. Podría pensarse que este modo de admiración conduce, sin otro elemento coadyuvante, a un amor apasionado por el libro editado con primor, del cual estaría desprovisto en un todo aquel otro para cuya elaboración no se hayan tenido en cuenta más que la economía del papel y de las medias tintas. La verdad es que hay una manifestación más significativa de la bibliofilia, nos dice don Luis, y es la que se revela en el amor a un libro determinado, no importa cuales sean sus características de impresión, cuando ese libro es, per se, aquel que nos acompaña toda la vida, hacia el cual volcamos toda nuestra admiración y que se constituye en una especie de breviario a cuyas enseñanzas y consuelos recurrimos en horas de abatimiento o de necesario solaz. Como tal existe uno en particular hacia el cual convergen en identidad de acogimiento un sinnúmero de seres de diversas naciones, hoy tanto como ayer y ojalá mañana tanto o quizá más que hoy: el Quijote.

No se crea que apreciación como ésta, así formulada, pueda significar desvío o indiferencia alguna hacia las condiciones que constituyen el carácter primario de esta enfebrecida pasión que es el amor al libro raro, generador de tantos deleites y también, ¡ay! de tantos dolores. En punto al Quijote, don Luis puede muy bien defender su punto de vista aquí expresado, sin que ello vaya en desmedro de aquellas condiciones de rareza ya dichas, pues le place su lectura tanto en una edición popular como en una lujosa; en el tomo de papel Edad Media ahuesado, cosido a mano, como en el de papel de este que las gentes llaman "gaceta", rústico y descuadernado. Sin que él establezca, pues, una escala de valores entre una u otra edición; sin que haya de su parte un reprimido aprecio por aquella, pobremente vestida y un desbordante flujo de admiración por esta ricamente adornada. De esta manera, y sólo por vía de ejemplo, pues no son estos los únicos de la obra cervantina, que él posee con tales características, vemos muy cerca de él un ejemplar de aquella edición popular hecha en la Argentina por la casa editorial Sopena, primera de su serie llamada Biblioteca Mundial Sopena, agosto de 1938, cuyo papel es el mejor testimonio de la enorme tirada que de ella se hizo y otro ejemplar de la segunda edición de esta misma serie de Sopena, mayo de 1941, igualmente hecha en la Argentina. Junto con estas ediciones encontramos en poder de don Luis, entre otras bellas y raras, aquella de dos tomos en cuarto con unas preciosas cromolitografías de las ilustraciones de Moreno Carbonero y de Laureano Barrau, con frisos y letras capitales diferentes para cada capítulo, policromadas con tal arte que parecen miniadas, obra de diversos artistas que se inspiraron para ello, según lo anota el editor, en los magníficos códices que existen en las bibliotecas y catedrales españolas. Es la edición de Francisco Seix (Barcelona 1898). "La que tengo siempre a mano" como dijo de ella una sacerdotisa de este culto en el que tantos comulgamos, la Infanta doña Paz de Borbón, en su delicioso opúsculo sobre las ediciones del Quijote en todos los idiomas.

Nótese cómo este no es solamente el libro que se tiene siempre a la mano, sino que hay siempre una edición de él que es la que gustamos de tener más a la mano. Y esto último tiene una mayor realidad cuando como en el caso de don Luis Villagómez se tiene no una ni dos sino diez y siete ediciones completas y veintidós incompletas del Quijote. Corto número frente a los centenares de las aparecidas desde 1605, pero gran número (¡oh gozo inefable!) frente a tantos mortales que no han leído la obra de Cervantes o la han leído sólo a medias y de prestado, en franca incapacidad de paladearla. Muy pocos son los libros de los cuales se puede decir que nos complace tenerlos siempre a la mano. Es claro que cada profesional en su rama tiene uno así, pero más por necesidad que por gusto verdadero y aun ellos, los profesionales, si son amantes de las bellas letras, pueden tener, aparte de su código, de su vademécum o de su reglamento, también uno más que nos atrevemos a decir es casi siempre este pequeño evangelio de la humanidad que es el Quijote, como lo denominaba el sabio Manuel Uribe Angel. Aunque hay otro siempre a la mano para muchos espíritus elevados, aparte de la Biblia y es el de Kempis, libro sin par en su género, del que bien vale la pena hablar in extenso en otra oportunidad, nos dice don Luis. Para concretarnos al de Cervantes (¡es mucho libro este! dijo en un españolísimo arranque un escritor de la Península) digamos que nuestro amigo el bibliófilo tiene hecho con muy amoroso cuidado un registro cronológico de sus lecturas a través de distintas épocas de su vida, lecturas que hoy suman diez y seis cabales, sin contar las que ha realizado abriendo el libro al azar, cual si quisiera tomarse un tónico, en momentos como aquel que hizo decir al poeta Darío: "Horas de pesadumbre y de tristeza / paso en mi soledad. Pero Cervantes / es buen amigo. Endulza mis instantes / ásperos y reposa mi cabeza".

De este registro o tabla cronológica que de sus lecturas del Quijote ha formado don Luis Villagómez, debemos decir que resulta de mucho interés transcribirlo aunque sea en parte y aun contra el querer de su dueño, no sólo por el curioso acopio de datos que allí se consigna en lo tocante a la bibliofilia, sino también para que sirva como a manera de desagravio al libro inmortal por las muchas irreverentes alusiones que se han hecho relativas a él, incluso por quienes más obligados se encuentran a profesar una verdadera estimación hacia la obra cumbre de la literatura castellana, tal el caso de nuestro Presidente de la Academia de la Lengua, quien no tuvo empacho en manifestar hace unos pocos años, a propósito del Quijote, que aún había chiflados que leían por segunda, tercera y aun más veces este libro. Yo he sido y seré del número de esos chiflados, sin que me pese, dice don Luis, quien agrega: ¿pero es que se puede ser chiflado por leer el Quijote más de dos veces? ¿Y que esto se diga por quien lo dijo, en la tierra de Caro, de Cuervo, de Suárez, del Indio Uribe y de Antonio José Restrepo? Y por cuál razón se incurre en la condición de chiflados si se lee más de dos veces el Quijote: ¿por la de volver a esa fuente de belleza del castellano que le hizo decir a uno que no tenía este idioma como su lengua materna, a Lord Byron, que uno de los placeres más grandes de que puede gozar un ser humano es el de leer a Cervantes en su propio idioma? ¿O por la de tener que encontrarse con el maltratado caballero que se empeñó en resucitar el estilo caballeresco de otros tiempos, en quien vemos, aún hoy, al cabo de siglos, un modelo de virtudes de las que justamente tanta falta nos hacen ahora, como el valor, la honradez y la justicia? Yo doy gracias por ser lector impenitente del Quijote, y no serlo, en cambio, de ciertas producciones literarias del momento, más famosas que meritorias, ni leedor, como en el término de Pedro Salinas, de periódicos, algunos tan mal escritos hoy, y de intrascendentes informes, que ni enseñan, ni consuelan, ni estimulan.

¡Diez y seis lecturas completas del Quijote! ¡Qué gran remedio para preservarnos de la ordinariez imperante! Miramos la tabla cronológica llevada por don Luis hasta el año que corre y nos encontramos con que ella registra la primera de tales lecturas como realizada a los quince años de edad, tres más de los que recomendaba Anatole France cuando el gran estilista decía que "el don Quijote es, haciéndole muchos cortes, la lectura más agradable a que puede entregarse un alma de doce años". Lo de los cortes nos hace sonreír, valga la verdad, a estas alturas del siglo veinte, cuando son tantos los colegios que piden a sus alumnos que compren autores modernos cuyas palabras sí que son de aquellas que exigen no sólo cortes sino algo más efectivo si cabe. En el registro cronológico de don Luis leemos: "Ed. Luis Tasso, Barcelona 1905. Un tomo que compré a don Rafael Cataño en mi pueblo natal, tomo al cual le faltaban unas hojas y que tenía un tipo de letra extremadamente pequeño. Las hojas que le faltaban las copié de otro tomo prestado y lo hice en la máquina de escribir que me había regalado mi abuelo Rubén, para lo cual utilicé un papel delgado. Salieron de él dos hojas que doblé y coloqué dentro del libro en la parte donde le habían arrancado las originales. Hoy me pesa enormemente haber salido de este ejemplar en algún cambalache que hice en una librería de viejo de Manizales". Veinte años transcurrieron desde aquella su primera lectura, antes de que el bibliófilo volviera a pensar en el libro que para él se ha convertido en el de cabecera. A partir de entonces, una lectura cada año, es como si dijéramos, una especie de ritual. De baño lustral, dice don Luis y dice bien. Lecturas hechas en diferentes ediciones entre finas y ordinarias. Y aunque don Luis tiene a su alcance algunas tan lujosas como la de Seix, ya mencionada, la de Montaner y la de Mateu ilustrada esta última por Salvador Dalí, con la dirección artística de Acosta Moro que no escatimó los estampados en oro sobre la encuadernación en cuero rojo, abullonada como un cojín, trocaría todas estas el bibliófilo por aquella modesta edición de Luis Tasso, en tan mal papel hecha, con sus tapas de cartón raídas en las puntas, pero en cuyas hojas incompletas leyó él por primera vez las aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha. Loado sea Dios que nos ha dado esta afición, termina diciéndonos don Luis Villagómez.